

CHRISTOPHER
ALEXANDER

El modo atemporal
de construir

Traducción de
JULIO MONTEVERDE

Prólogo de
JUAN DIEZ DEL CORRAL

ÍNDICE

PRÓLOGO, 7

SOBRE LA LECTURA DE ESTE LIBRO, 17

EL MODO ATEMPORAL, 19

I. EL MODO ATEMPORAL, 21

LA CUALIDAD, 33

2. LA CUALIDAD SIN NOMBRE, 35

3. ESTAR VIVO, 55

4. PATRONES DE ACONTECIMIENTOS, 69

5. PATRONES DE ESPACIO, 89

6. PATRONES VIVOS, 113

7. LA MULTIPLICIDAD DE PATRONES VIVOS, 133

8. LA CUALIDAD PROPIAMENTE DICHA, 145

EL PORTAL, 161

9. LA FLOR Y LA SEMILLA, 163

- 10. NUESTROS LENGUAJES DE PATRONES, 173
- II. NUESTROS LENGUAJES DE PATRONES (CONTINUACIÓN), 195
 - 12. EL PODER CREATIVO DEL LENGUAJE, 211
 - 13. EL HUNDIMIENTO DEL LENGUAJE, 223
 - 14. PATRONES QUE PUEDEN COMPARTIRSE, 239
 - 15. LA REALIDAD DE LOS PATRONES, 267
 - 16. LA ESTRUCTURA DE UN LENGUAJE, 293
 - 17. LA EVOLUCIÓN DE UN LENGUAJE COMÚN PARA UNA CIUDAD, 311

EL MODO, 333

- 18. EL PODER GENÉTICO DEL LENGUAJE, 335
- 19. DIFERENCIANDO EL ESPACIO, 349
- 20. UN PATRÓN CADA VEZ, 367
- 21. DANDO FORMA A UN EDIFICIO, 383
- 22. DANDO FORMA A UN GRUPO DE EDIFICIOS, 405
- 23. EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN, 431
- 24. EL PROCESO DE REPARACIÓN, 451
- 25. EL LENTO SURGIMIENTO DE UNA CIUDAD, 467
- 26. SU CARÁCTER ATEMPORAL, 483

EL NÚCLEO DEL MODO, 499

- 27. EL NÚCLEO DEL MODO, 501

AGRADECIMIENTOS, 519

ÍNDICE DETALLADO, 521

SOBRE LA LECTURA DE ESTE LIBRO

Quizá, el contenido de este libro es más importante en conjunto que en sus detalles. Si solo puedes dedicarle una hora, tiene más sentido que lo leas entero durante esa hora, aunque solo sea por encima, a que te limites a leer los dos primeros capítulos con todo detalle. Por eso, he dispuesto cada capítulo de forma que puedas leerlo rápidamente en un par de minutos, limitándote a leer los títulos en cursiva. Si lees el principio y el final de cada capítulo y los títulos en cursiva entre medias, pasando las páginas tan rápido como puedas, podrás hacerte una idea de la estructura global del libro en menos de una hora.

Más tarde, si quieres profundizar en los detalles, sabrás a dónde dirigirte, pero siempre en el contexto de la totalidad.

EL MODO ATEMPORAL

Un edificio o una ciudad solo estarán vivos en la medida en que sean gobernados por el modo atemporal.

CAPÍTULO I

EL MODO ATEMPORAL

Se trata de un proceso que extrae el orden exclusivamente de nosotros mismos. No puede forzarse, pero si se lo permitimos se manifestará de forma espontánea.

Existe un modo atemporal de construir.

Posee miles de años de antigüedad y hoy es el mismo que ha sido siempre.

Los grandes edificios tradicionales del pasado, las aldeas, chozas y templos que el hombre ha percibido como su casa, siempre fueron edificados por personas que estaban muy cercanas al núcleo de este modo de construir. Solo siguiendo este modo es posible hacer grandes edificios, grandes ciudades o bellos lugares, aquellos en los que te sientes tú mismo, en los que te sientes vivo. Y, como verás más adelante, este modo conducirá a cualquiera que se interese por él a edificios que en sí mismos son tan antiguos en su forma como los árboles y las colinas, o como nuestros rostros.

Se trata de un proceso a través del cual el orden de un edificio o de una ciudad crece directamente de la naturaleza interior de la gente, los animales, las plantas y la materia que está en su interior.

Se trata de un proceso que facilita que la vida interior de una persona, una familia o una ciudad florezcan en libertad, con tanta vivacidad que dé a luz por sí misma al orden natural necesario para sostener dicha vida.

Es tan poderoso y fundamental que con su ayuda puedes construir cualquier edificio, en cualquier parte del mundo, tan bello como cualquier otro lugar que hayas visto antes.

Cuando comprendas este modo, serás capaz de dar vida a tu habitación, diseñar una casa junto a tu familia, un jardín para tus hijos, lugares en los que puedas trabajar, o bellas terrazas en las que puedas sentarte y soñar.

Es tan poderoso que con su ayuda cientos de personas unidas pueden crear una ciudad viva y vibrante, pacífica y relajada, y tan bella como cualquier otra ciudad de la historia.

Si trabajas con el modo atemporal, una ciudad tan bien plantada como las flores de tu jardín crecerá bajo tus manos sin necesidad de arquitectos o planificadores.

Y no existe otro modo mediante el cual pueda hacerse un edificio o una ciudad con vida.

Esto no significa que todos los modos de construir edificios sean iguales. Significa que en el núcleo de todos los actos de construcción y de todos los procesos de crecimiento que han tenido éxito, incluso si existen un millón de versiones diferentes de ellos, hay una característica fundamental y constante que es responsable de ese éxito. Aunque este modo ha adquirido miles de formas diferentes en diferentes momentos y lugares, existe un mismo núcleo invariable e inevitable en todas ellas.

Observa los edificios que aparecen en las fotografías que abren este capítulo.

Están vivos. Tienen esa gracia soñolienta y desmañada que proviene de la perfecta simplicidad.

¿Y qué tienen en común la Alhambra, una pequeña iglesia gótica, una vieja casa de Nueva Inglaterra, una aldea en los Alpes, un antiguo templo zen, una casa junto a un río en la montaña y un patio cubierto de baldosas azules y amarillas? Sí, son bellos, ordenados y armoniosos, pero sobre todo —y esto es lo que nos llega al corazón— están vivos.

Todos deseamos ser capaces de dar vida de esta forma a un edificio o a una parte de una ciudad.

Se trata de un instinto humano fundamental, que es tan parte de nosotros como el deseo de tener hijos. Es, sencillamente, el deseo de formar parte de la naturaleza, de completar un mundo que ya está formado por montañas, ríos, pequeñas flores y piedras, con algo hecho por nosotros y que forme también parte de la naturaleza y de nuestro entorno más cercano.

En el fondo de nuestro corazón todos albergamos el sueño de crear un mundo vivo, un universo.

Probablemente, aquellos que nos hemos educado como arquitectos sentimos este deseo en el mismo centro de nuestra vida: el sueño de que algún día, en algún sitio y de algún modo, levantaremos un edificio que será maravilloso, bello, arrebataador, un lugar en el que la gente podrá andar y soñar durante siglos.

En cierto modo, toda persona tiene su propia versión de este sueño: seas quien seas, puedes albergar el sueño de construir un día una bella casa para tu familia, un jardín, una fuente, un estanque para peces, una habitación espaciosa con luz suave, flores en el exterior y olor a hierba recién cortada.

De una manera menos clara, todos aquellos que sienten interés por las ciudades albergan este mismo sueño, quizá para una ciudad entera.

Y existe un modo gracias al cual un edificio o una ciudad pueden cobrar vida realmente.

Hay una secuencia definible de actividades que están en el corazón mismo de todo acto de construcción, y es posible concretar con precisión bajo qué condiciones estas actividades generarán

LA CUALIDAD

Para buscar el modo atemporal debemos en primer lugar conocer la cualidad sin nombre.

CAPÍTULO 2

LA CUALIDAD SIN NOMBRE

Existe una cualidad central que es el criterio primigenio de la vida y el espíritu de todo hombre, ciudad, edificio o zona salvaje. Esta cualidad es objetiva y precisa, pero no puede ser nombrada.

Nos han enseñado que no hay diferencias objetivas entre edificios buenos y malos, entre ciudades buenas y malas.

Lo cierto es que la diferencia entre un buen edificio y uno malo, entre una buena ciudad y una mala, es un hecho objetivo. Se trata de la diferencia entre salud y enfermedad, entre lo íntegro y lo dividido, entre la autoconservación y la autodestrucción. En un mundo sano, unido, vivo y enfocado a la autoconservación, la gente puede estar viva y ser creativa. En un mundo dividido y autodestructivo, la gente no puede estar viva: siempre será autodestructiva y miserable.

Pero es fácil comprender por qué la gente cree tan firmemente que no existe una única base sólida para diferenciar los buenos edificios de los malos.

Se debe a que la verdadera cualidad central, la que marca la diferencia, carece de nombre.

El primer lugar en que pienso cuando trato de hablarle a alguien acerca de esta cualidad es una esquina de un jardín rural inglés, en la que un melocotonero crece contra un muro.

La pared va de este a oeste, mientras que el melocotonero crece pegado a su lado sur. El sol brilla sobre el árbol y calienta los ladrillos detrás del melocotonero; y los ladrillos tibios calientan los melocotones del árbol. Se trata de una cualidad un poco perezosa. El árbol atado con esmero para que crezca pegado a la pared, el calentamiento de los ladrillos, los melocotones creciendo bajo el sol, la hierba creciendo alrededor de las raíces, en el ángulo donde se encuentran la tierra, las raíces y el muro.

Esta cualidad es la cualidad más fundamental que puede haber en cualquier cosa.

Nunca es dos veces la misma, ya que siempre toma su forma del sitio concreto en el que ocurre.

En un sitio es serena y en otro agitada; en una persona es organizada y en otra desordenada; en una casa es luz y en otra oscuridad; en una habitación es suavidad y silencio y en otra alboroto. En una familia es el gusto por el picnic, en otra por el baile y en otra por el póquer; mientras que en otro grupo no existe vida familiar en absoluto.

Se trata de un tipo sutil de liberación de las contradicciones internas.

Un sistema posee esta cualidad cuando es una unidad consigo mismo, y carece de ella cuando está escindido.

La posee cuando es fiel a sus fuerzas interiores, y carece de ella cuando es infiel a sus fuerzas interiores.

La posee cuando está en paz consigo mismo, y carece de ella cuando está en guerra consigo mismo.

Tú ya conoces esta cualidad. Es la sensación más primitiva que un animal o un hombre pueden experimentar. Es tan primitiva como la sensación del propio bienestar, de la propia salud, tan primitiva como la intuición que nos dice que algo es falso o verdadero.

Pero para comprenderla completamente debes superar ese prejuicio de la física según el cual todas las cosas están vivas y son reales por igual.

En física y química, la posibilidad de que un sistema pueda estar más en consonancia consigo mismo que otros no tiene sentido.

Y no tiene ningún sentido que lo que un sistema «debe ser» surja de manera natural de «lo que es». Tomad, por ejemplo, los átomos con los que el físico trabaja. Un átomo es algo tan simple que no

se plantea la cuestión de si es fiel a su propia naturaleza. Todos los átomos son fieles a su propia naturaleza, todos son reales por igual: simplemente existen. Un átomo no puede estar más en consonancia consigo mismo, ni menos. Y puesto que la física se ha concentrado en sistemas muy simples como los átomos, nos han llevado a creer que aquello que algo «es» supone algo completamente independiente de lo que «debe ser», y que esta ciencia no puede mezclarse con la ética.

Pero la imagen del mundo que la física enseña, por muy poderosa y maravillosa que sea, está limitada por esta ceguera.

El mundo de los sistemas complejos no funciona así. La mayoría de los seres humanos no son fieles por completo a sus naturalezas interiores, ni completamente «reales». De hecho, para muchas personas, el esfuerzo por lograr ser fieles a sí mismas es el problema central de sus vidas. Cuando conoces a una persona que es fiel a sí misma sientes que es «más real» que otras. Por tanto, en el nivel de complejidad humano, existe una diferencia entre sistemas que son fieles a su «naturaleza interior» y sistemas que no lo son. No todos somos fieles a nuestra naturaleza interior en la misma proporción, ni igualmente reales o íntegros.

Lo mismo es cierto para esos sistemas más amplios, exteriores a nosotros, que llamamos nuestro mundo. No todas las partes del mundo son igualmente fieles a sí mismas, igualmente reales, igualmente íntegras. En el mundo de la física, cualquier sistema que es autodestructivo deja de existir. Pero en el mundo de los sistemas complejos no ocurre lo mismo.

De hecho, esta sutil y compleja liberación de las contradicciones internas es precisamente la cualidad misma que hace vivir a las cosas.

CAPÍTULO 3

ESTAR VIVO

La búsqueda de esta cualidad que llevamos a cabo en nuestras propias vidas es la búsqueda central de toda persona, y el punto crucial de la historia individual de cada uno. Es durante la búsqueda de estos momentos y situaciones cuando estamos más vivos.